

Ironía, parrhesía, cinismo y posverdad como despligues de la intención del discurso

Juan Edilberto Rendón Ángel

Institución Universitaria de Envigado. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Envigado,
Colombia

jerendon@udem.edu.co

Rubén Darío Palacio Mesa

Universidad de Medellín. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Medellín, Colombia

rupalacio@udem.edu.co

Víctor Julián Moreno Mosquera

Institución Universitaria de Envigado. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Envigado,
Colombia

vjmoreno@correo.iue.edu.co

Irony, parrhesía, cynicism and post-truth as deployments of discourse intent

Fecha de recepción: 23.02.2021 / Fecha de aceptación: 11.06.2021

Tonos Digital, 41, 2021 (II)

RESUMEN

El artículo, empleando un método de interpretación apoyado por revisión documental, sostiene que, al tener en cuenta la intención, no es posible un discurso que sea simultáneamente político e irónico. Tiene cinco secciones: primera, un análisis de la postura que asume el empleo de la ironía en el discurso político; segunda, una semblanza del ironista y su presencia en política como problemática; tercera, la función o utilidad negativa y privada de la ironía y su impropiedad política; cuarta, tres modos

proprios del discurso político que excluyen y reemplazan la ironía: la parrhesía, el cinismo y la posverdad; y concluye explicando la inadecuación política de la ironía.

Palabras claves: ironía, identidad, intención, parrhesía, cinismo, posverdad.

ABSTRACT

The paper, by means of a hermeneutic method supported by documentary review, states that, taking intent into consideration, it is not possible a discourse simultaneously political and ironic. It has five sections: first, an analysis of the posture assuming the use of irony in political discourse. Second, a profile of the ironist and his presence in politics as troublesome. Third, the negative and private function or use of irony stressing its political impropriety. Fourth, three types proper of political discourse, which exclude and replace irony: parrhesía, cynicism and post-truth. Finally, the paper closes explaining the political inadequateness of irony.

Key words: irony, intent, selfhood, straightforward saying, improper overtalking, post-truth.

1. EL RIESGO DE LA IRONÍA COMO RECURSO LITERARIO DISPONIBLE EN POLÍTICA

Los estudios citados en este apartado asumen que la ironía es posible en lo público. Se tomará distancia de todos ellos porque el planteamiento de este artículo es que la ironía no es posible en política, pues se trata de un juego con el sentido que no permite los dos límites del discurso político: el deseable e improbable de la argumentación, y el indeseable y común de la retórica falaz.

Hay muchos estudios que exploran este componente político de la ironía que se quiere debatir. Se asegura su empleada por el discurso político de Barack Obama (Kienpointner, 2013). Se afirma la existencia de la ironía verbal (Kiss, 2015; Hirsch, 2015; Tsakona, 2011; Hooti & Torkamaneh, 2011; Büscher, 2015; y Erlandson & Beach, 2014). Se ha explorado la publicidad de la ironía (Hollander & Turowetz, 2013), su detección vía reacciones físicas (Filik et al, 2014), a su empleo como táctica psicológica (Collobert, 2013, p.107), a su uso en el humor (García, 2013, p.207), en su faceta visual (Gérin, 2013) y en su uso crítica a ejercicios de memoria histórica (Maier, 2015), en su uso en la burla y el ridículo (Czyzyk-Cyzio, 2013) y en la música (Scott, 2012). También,

junto a la sátira y el humor, se ha considerado mecanismo de denuncia política (Bucura, 2012) y en el humor gráfico (Conradie, Brokensha & Pretorius, 2012). Se ha explorado la relación que tienen el humor y la ironía con la crítica social (Breunig, 2012; Alvarado, 2012), y en política en situaciones extremas (Livnat, 2011); en la definición de la masculinidad como producto de consumo (Cortese & Ling, 2011), en los debates políticos televisados (Nuolijärvi & Tiittula, 2011); en la televisión (De Felipe, 2011); como categoría existencial en la distopía política (Zirra 2012; Bernik, 2012) y el exilio (Naughton, 2014).

Todos los estudios asumen que la ironía es una figura literaria que se puede emplear en política, en el escenario público. Y es eso lo que se quiere cuestionar en este artículo, pues la ironía "es una categoría existencial que le da nacimiento al individuo singular que existe subjetivamente" (Williams III, 2012), Si embargo, se disiente de la siguiente afirmación: "la ironía no es una desviación o una subvaloración del crecimiento ético propio, sino un paso requerido para fomentarlo" (p.309). Tal planteamiento lleva la ironía más allá del individuo, hasta el ámbito de la justicia social y la política, como lo hacen los estudios mencionados. Se restringe a su empleo exclusivamente personal: "la ironía asegura el campo para individuos que tienen una infinitud interna que no se puede conformar completamente con los rigorismos de la política finita" (p.309). Esa infinitud interna es la que permite que la ironía, gracias a su ambigüedad, proponga un sentido que se entiende como inagotable.

De modo que, en lo que respecta al discurso político, esta posibilidad habilitada por la ambigüedad es un riesgo. Más adelante se verá que es la ambigüedad lo que la buena política debe evitar y lo que la mala política aprovecha como recurso de persuasión. Pero conviene antes reconocer la actitud fomentada por la ironía en la persona que la encarna.

2. EL IRONISTA ANTE EL PROBLEMA DEL DISCURSO POLÍTICO

Este problema lo inauguró y encarnó Sócrates. Hay versiones de su alegato de defensa ante la asamblea ateniense (Jenofonte, 1970; Platón, 1993) que demuestran que el escenario político no solo es peligroso sino mortal para quien emplea el discurso irónico. Desde entonces, persiste el enigma del sentido de la ironía. Nunca ha estado ausente, sino que ha sabido hacerse ella misma una latencia (Reiss, 1981). Pero, ¿quién es la persona que es capaz de ironía, es decir, el heredero de Sócrates?

Según Rorty, un ironista es la persona que tiene “dudas radicales y permanentes acerca del léxico último que utiliza habitualmente” (1991, p.73)., que “advierde que un argumento formulado con su léxico actual no puede consolidar ni eliminar esas dudas” (p.73). y que “en la medida en que filosofa acerca de su situación, no piensa que su léxico se halle más cerca de la realidad que los otros, o que esté en contacto con un poder distinto de ella misma” (p.73). La palabra *léxico* es muy importante, pues el ironista no es otra cosa que un tipo de léxico particular que le permite darse a sí misma un sentido. Es la dimensión de la identidad hecha narración, al modo de la literatura. La ironía tiene su empleo ideóneo en esta dimensión. El problema se presenta, como se verá al compararla con el decir veraz y el irse de la lengua, cuando se la trata de emplear en lo político.

Ironista es, pues, la persona que no se siente conforme con su léxico último, que admite su provisionalidad y contingencia, que tiene como reto escapar de las recurrencias y sedimentaciones que le impone el léxico que heredó, así como de las dinámicas discursivas en las que fue formado. Encara la ambigüedad que propone el discurso irónico teniendo presente que la creación de un sentido posee un componente *ético*. Lo político no es lo propio de la ironía, sino la conformación de un circuito de sentido en el que persona se vincula a la ética *sin proyectarse en lo público*.

Es necesario, por eso, disentir de la siguiente afirmación: “Los discursos irónicos demuestran ser altamente efectivos en la subversión de discursos totalizantes y conformistas, al rebajar las pretensiones y deconstruir las presunciones sobre intereses y realidades reputadas como comunes” (Jacobs & Smith, 1997, p.70). Pero ¿quién estaría dispuesto a encarnar ese discurso irónico subversivo? Si tiene que ser en la esfera pública, ámbito de lo político, entonces no puede ser otro que el que emplea el decir veraz, pero es exigirle demasiado a la ironía. Rorty (1991) es más agudo al señalar que es la esperanza la que debe ser liberal y pública, no la ironía. Quien emplea el decir veraz está comprometido con su comunidad, y tiene consciencia su rol político.

El ironista de Rorty posee ese aspecto público o político que lo acerca al parresiasta de Foucault (2009, 2010). La duda irónica planteada por Rorty respecto al vocabulario que se usa tiene dos niveles: el vocabulario que compone a la propia identidad personal y el que la persona comparte convencionalmente con su contexto público. La ironía puede emplearse para retar la autoridad (Grimwood, 2008), pero no la autoridad política, sino la autoridad lingüística o discursiva de textos que imponen a la

identidad *un* modo de verse. Es esa autoridad de la que puede escapar la identidad personal, no imponiéndole un sentido, sino dándole la posibilidad de proponerse uno a sí misma: "el problema para las teorías hermenéuticas de la interpretación es, pues, dar cuenta de esta tensión entre el sentido y la autoridad dentro del evento irónico" (2009, p.86). El evento irónico no es el desciframiento trópico al nivel de la frase, sino una propuesta al nivel del texto que no pasa a lo político.

3. CONDICIONES DEL RECONOCIMIENTO Y EMPLEO DE LA IRONÍA

Es correcto afirmar que "la ironía es en esencia una práctica discursiva relacional, donde el significado reside en la relación entre lo dicho y lo no dicho" (Jacobs & Smith, 1997, p.71). De ahí que "el sentido del discurso irónico no se puede separar del contexto de su empleo, lo que significa que a su vez no se puede separar del vocabulario de su objetivo" (p.64). Por eso, lo más importante del ironista de Rorty es que no quiere verse reducido al léxico último de *otro* que tuvo la fuerza creativa suficiente para acuñar el suyo propio. El ironista aspira a acuñar su propio léxico último, y no siente temor alguno de la posibilidad de modificarlo o re describirlo: se trata de escapar de la autoridad de las acuñaciones convencionales y de invitar a otros a que también ellos escapen:

La ironía no carece de peligros. Donde se pierden los relatos con propósitos y destinos positivos siempre existe la posibilidad de una forma nihilista de la ironía que llegue a predominar en las culturas políticas. Tal perspectiva es más visible en esas perspectivas irónicas individualistas que se escabullen de la crítica saludable hacia el fatalismo y retirada; o que reemplazan la participación en la vida civil con la persecución egotista del deseo, el espectáculo y el placer; o que evaden el movimiento hacia la recuperación a favor de un juego de superficie (Jacobs & Smith, 1997, p.73).

Tal cosa podría ocurrir si la ironía tuviera la pretensión de suplantar el registro ético-político de la participación ciudadana. La ironía no llega a los extremos del fatalismo ni de la apatía, pues no tiene su escenario en la política ni en lo público, sino en el ámbito de lo privado. De hecho, ella misma es una respuesta a los desencantos y tragedias que genera lo público. Y buen ejemplo es el caso de Nietzsche y Dostoyevski:

Su asalto a la moral consuetudinaria hace uso de los dispositivos irónicos relativistas y perspectivistas, lo que les permite señalar la naturaleza arbitraria del bien y el mal. Sin embargo, derribar los muros que aprisionan el espíritu humano no dejó en su

lugar más que un vacío. Lo que esto sugiere es que la sola intención moral puede no ser suficiente para constreñir el peligro de la ironía: una vez que se la libera, el género tiene una volatilidad potencial que se tiene que contener de alguna manera si se quiere conservar la posibilidad de que haya preocupación por la cultura y por el compromiso con la actividad civil (Jacobs & Smith, 1997, pp.73-74).

Los autores añaden, además:

Mucho se ha dicho del peligro de la ironía, que se refiere en particular al temor de la bancarrota moral, amenaza que, curiosamente, invierte los problemas del compromiso y cierre que se asociaban con los géneros románticos. La ironía se toma como un género único entre los géneros por su potencial corrosivo para generar anomia en vez de propósito y compromiso (Jacobs & Smith, 1997, p.73).

Pero la ironía no tiene semejante volatilidad potencial, ni conduce a esa bancarrota moral porque no es una ideología política. La ironía es negativa porque no indica qué es lo que se debe comprender, pero no conduce a ese nihilismo espiritual. Es cierto que la ironía es cáustica, que tiene fuerza disolvente, pero no se usa pura y en eso se asemeja a la metáfora. Y ese es precisamente el problema: que, al ser elusiva y al sembrar los textos con tantos claroscuros, genera una ambigüedad que es intencional, es decir, que la persona puede interpretar de múltiples maneras, pero nunca como llamado a la revolución o al caos civil. Por tanto, la ironía opera como el elemento estilístico a través del cual le resulta inevitable a la persona involucrarse. La ética no pueda impedir aquí que se encuentre simpático a un personaje repugnante y reprochable como, por ejemplo, Fiódor Pávlovich Karamázov, claro generador de caos civil. Pero esa simpatía no llevará a la persona a imitarlo. La ironía de Dostoyevski se encuentra en que logra que la persona se desentienda de todos los reproches morales que se le pueden hacer al personaje y que le otorgue verosimilitud porque es un vicioso e inmoral que se va de la lengua cuando le dice al gentil y sumiso Aliosha:

Quiero vivir hasta el fin hundido en mis vicios, para que lo sepa. En medio del vicio la vida es más dulce: todo el mundo lo condena, pero todos viven en él, aunque en secreto, mientras que yo lo hago a la luz del día (Dostoyevski, 2014, p.286).

El viejo Karamázov no es un ejemplo de moral edificante, sino un personaje literario verosímil y sumamente poderoso *debido* a su profunda degradación moral. La ironía se encuentra en enfrentar este reto aceptando el juego ambiguo de la literatura,

pues *no* se encuentra en que Dostoyevski haya convertido al viejo Karamázov en ejemplo moralmente edificante. De ese modo, la ironía se reduciría a entender lo contrario de lo que el autor escribió. Un contraste es el que presenta Aliosha, personaje en el que, a pesar de su bondad, hay algo chocante y hasta reprochable que lo persigue a lo largo de la narración. La ambigüedad semántica y la ironía moran precisamente en que queda sin resolver la relación con ambos personajes, lo que permite que la obra siga teniendo vigor, que se haga necesario regresar a ella como a un enigma que no tiene solución.

Mientras las rutinas que se restringen al análisis disecan a la ironía con su definición trópica típica, hay otra perspectiva que la abre de tal modo que la convierte en la caricatura de las admoniciones acerca del fin del mundo. No obstante, no se restringe tanto como cree la primera, pero no se abre del modo que supone la segunda. No hace un simple ocultamiento por inversión del significado, pero tampoco abre el significado hasta el punto de que admita cualquier valor. Del mismo modo que sucedía con el enigmático Sócrates de las obras tempranas de Platón (1992, 1993), las obras literarias que tienen estilo irónico —como Jane Austen, Thomas Mann, Marcel Proust, Dostoyevski, Márai, Silva Romero, Qohélet y León de Greiff— hacen el ofrecimiento de su reto permanente que no está disponible para quien no admita esta apertura relacional, lo que vuelve a resaltar su carácter no político.

En efecto, “debido a que la ironía siempre es relacional y condicional, la recepción efectiva de su sentido propuesto requiere competencia cultural, basada en la naturaleza de un ámbito específico de las comunidades interpretativas” (Jacobs & Smith, 1997, p.74). La propuesta no está abierta o disponible para cualquiera. Es más: “las formas de la ironía potencialmente más fuertes son las mismas en las que mayor es el riesgo de incomprensión y malentendido” (Jacobs & Smith, 1997, p.74). Pero ese no es el rol que cumple la ironía, pues no oculta un sentido ni busca confundir una interpretación, sino que le transfiere a la persona la carga de la responsabilidad del sentido, en un registro que se asemeja al literario, por lo que es fácil pensar qué en “en el bardo y en el bufón” (Jacobs & Smith, 1997, p.75) como figuras que promueven la ironía, pero que vuelven a confundir el rol público con el privado, y a poner a la ironía a realizar una función que no está en capacidad de realizar:

El bardo proporciona el rol social que le garantiza la novela en el discurso público. Por otro lado, podemos comprender el rol social del ironista examinando la raíz griega de la palabra: *eiron*, el disimulador. Por tanto, es adecuado que el ironista debe ser un

tipo de figura embaucadora que trabaja para cuestionar la autoridad y avergonzar figuras públicas (Jacobs & Smith, 1997, p.75).

Pero lo que se expresa en la cita es el rol del parresiasta y no del ironista. El *trickster* tiene un poco del payaso, un poco del bufón, un poco del personaje cómico. El *eiron* es, en realidad, una figura mucho más difusa. Por eso, se considera que la ironía no cumple papel alguno en el ámbito de lo político. Para eso están el cinismo y el decir veraz. La ironía, por tanto, no es un tropo ni un mecanismo universal, sino una impronta estilística que tiene el poder de integrar la ambigüedad como rasgo de la obra y darle un cierre abierto, es decir, permitir que la obra esté acabada por su autor pero que su sentido pase a depender de la fuerza interpretativa de la identidad del lector:

En el nivel de la identidad, Kierkegaard sugirió que la ironía, al operar como "negatividad infinita absoluta" era un creyente controlador que le daría nacimiento a una vida personal rejuvenecida y consciente de sí misma. A este respecto, los propios argumentos de Rorty respecto a los méritos de la ironía privada como recurso para una autocreación liberal son semejantes a los de Kierkegaard, aunque de un modo más secular (Jacobs & Smith, 1997, p.70).

Es más: "Los campos teóricos marcados por la ironía y los ironistas son más abiertos y disputados que las narraciones noveladas. Permiten la formación de múltiples identidades y la construcción de múltiples comunidades reflexivas que se superponen" (Jacobs & Smith, 1997, p.71). Y además: "la presencia del ironista puede ayudar, hasta dentro de los campos del discurso irónico, a recordar que los vocabularios nuevos solo son vocabularios que en sí mismos tienden a crear todavía nuevos límites enunciativos" (Jacobs & Smith, 1997, p.72). La ironía es, pues, *relacional* y está *condicionada*. Instaura una ambigüedad restringida: "Esto es verdad para todas las formas de comunicación. Sin embargo, la lectura errada es mucho más problemática debido a la importancia de reconocer el contraste entre lo dicho y lo no dicho" (Jacobs & Smith, 1997, p.74).

Pero esa lectura errada que se ve como problema no es otra cosa que el riesgo implicado en la ambigüedad de la ironía. Del mismo modo que las publicaciones serias exigen que se escriba en impersonal, en una especie de esfuerzo por uniformar el estilo, los autores que son-capaces-de-ironía se caracterizan por ser reconocibles debido a sus particularidades estilísticas. Pero no se trata de una apuesta política. Por eso, la mejor forma de constatar el éxito creativo de un autor se encuentra en la afirmación "Eso es

propio de". Tal como sucede en política, ser reconocido puede estar basado en apuestas aviesas y en el empleo de un discurso seductor e irresponsable. El ironista, por consiguiente, es tanto el autor de obras de arte literarias que proponen un sentido porque son ambiguas sin perder su unidad. Como se verá a continuación, el desborde de la ironía hacia la política es impropio, y solo genera riesgos y peligros para quien se vale de ella.

4. CONTRASTE DE LA IRONÍA FRENTE A LA PARRHESÍA, EL CINISMO Y LA POSVERDAD

Así, pues, la distinción entre lo privado y lo público resuelve en gran medida el problema de la comprensión del significado de la ironía como impronta estilística y literaria de carácter privado. Acepta la contingencia y abandona la pregunta por verdades absolutas, cambiándola por esa extraña especie de creación en serie de pequeñas verdades parciales de la serie de episodios narrativos que es la identidad personal. El ironista solo está interesado en su propio proyecto de autocreación privada.

La ambigüedad como condición de la propuesta de sentido en el ámbito privado admite la contingencia sin caer en el relativismo y postula una finalidad o un propósito para el sentido. Sin embargo, en el ámbito de la política, la ambigüedad es un recurso de mala argumentación, de falacia, que está apoyado en las carencias discursivas mismas de la comunidad a la que se dirige. Por eso se rechaza su caracterización como despliegue de conocimiento (Muecke,1983). Por tanto, ironía, decir veraz, irse de la lengua y posverdad son *disposiciones de la intención textual* y no simples figuras intratextuales. Son *formas de ser, aspectos asociados a un proceder*, pero no el proceder mismo porque no son reglas de formación discursiva, sino aspectos estilísticos que tienen consecuencias prácticas que condicionan *la eticidad* de la recepción de todo texto que los tiene como características. De ahí que la dimensión o aspecto ético asociado a estos talentos enfatiza en la ironía, pero hace necesario comprender el decir veraz, el irse de la lengua y la posverdad como modos públicos, y por tanto políticos, del discurso.

Las tres son excluyentes entre sí porque los ámbitos en los que se aplican no son los mismos. La ironía no puede ser ni parresiástica ni jactanciosa ni engañosa: El *decir veraz* o parrhesía es propio de los discursos de denuncia política y social, el *irse de la lengua* o cinismo es propio de las dinámicas de seducción de la propaganda y la *posverdad* es propia de los mecanismos de manipulación de las emociones del ciudadano

con miras al beneficio político. El escenario en el que se presentan las luchas entre las tres últimas es el político, mientras que la ironía es de carácter privado.

La ironía no es burla, no es impostura, no es engaño, no es inversión del significado (Nehamas, 2005, pp.79-94). Su recepción filosófica depende precisamente de comprender que puede tener esas formas, pero ellas no expresan su riqueza. La ironía trata de producir una *incomodidad semántica*:

Si asumimos la ironía como decir algo contrario a lo que se piensa, el sentido de un enunciado irónico es totalmente claro. Si entendemos su significado, de un modo más general, como el decir algo diferente a lo que se piensa, el sentido de un enunciado irónico es mucho menos determinado. El sentido de este tipo de enunciado se puede mantener oculto incluso para aquellos que saben que estamos siendo irónicos, y siempre sugiere que dejamos algo sin decir, algo que se considera que nuestra audiencia no merece conocer. Provoca un rechazo a ponernos en el mismo nivel de la audiencia e, incluso, puede dar a entender que ni siquiera nosotros mismos estamos totalmente seguros de nuestras propias intenciones. Aun así, nos presenta como superiores, porque no revelamos esta duda con respecto a nuestras propias intenciones (Nehamas, 2005, p.101).

Es aquí donde aparece una figura de mucha importancia para comprender la imposibilidad política y pública de la ironía. Sloterdijk (2006) hace una distinción entre cinismo (*Zynismus*) y quinismo (*Kynismus*). El primero es un tipo de actitud existencial postilustrada que tiene tal nivel de sutileza, que logra eludir un tratamiento teórico directo. El segundo es la antigua actitud asociada con Diógenes de Sínope. Ambas son insolentes y jactanciosas, pero sus actitudes expresan talentos opuestos: el cínico actual es una especie de amargado que gusta del poder, un exitoso desilusionado que se encoje de hombros cuando se sale con la suya.

El antiguo quínico es un apasionado del escándalo de la verdad, un parresiasta que no se vale de la palabra, sino de la acción grotesca. El cínico actual busca valerse de la dureza de los hechos para dominar el discurso de la autoridad. El quínico antiguo se dedicaba a denunciar precisamente esa actitud autoritaria que finge ser altruismo. Trasímaco y Calicles buscan tener el éxito del primero, pero teniendo la actitud abierta y franca del segundo. Son descarados autoconscientes que no vacilan en decirle a Sócrates que el elusivo y el carente de responsabilidades políticas es él. En ambos hay una especie

de mal-decir-veraz, ese irse de la lengua de quien es muy consciente de su propia fuerza, y o bien son incapaces de comprender la ironía, o bien la reconocen y la desprecian:

El cínico moderno es un integrado antisocial que rivaliza con cualquier *hippy* en la subliminal carencia de ilusiones. Ni siquiera a él mismo su perversa y clara mirada se le manifiesta como un defecto personal o como un capricho amoral del que debe responsabilizarse en privado. De una manera instintiva, no entiende su manera de ser como algo que tenga que ver con ser malvado, sino como una participación en un modo de ver colectivo y moderado por el realismo. Tal es, en general, la forma más extendida, entre gentes ilustradas, de comprobar que ellos no son los tontos” (Sloterdijk, 2006, pp.39-40).

El cínico moderno es un descarado y un intemperante, pero no es un ignorante. Y tiene un perfil definido:

Psicológicamente se puede comprender al cínico de la actualidad como un caso límite del melancólico, un melancólico que mantiene bajo control sus síntomas depresivos y, hasta cierto punto, sigue siendo laboralmente capaz. Pues, en efecto, en el caso del moderno cinismo la capacidad de trabajo de sus portadores es un punto esencial... a pesar de todo y después de todo. Hace ya muchísimo tiempo que al cinismo difuso le pertenecen los puestos claves de la sociedad, en las juntas directivas, en los parlamentos, en los consejos de administración, en la dirección de las empresas, en los lectorados, consultorios, facultades, cancillerías y redacciones. Una cierta amargura elegante matiza su actuación. Pues los cínicos no son tontos y más de una vez se dan cuenta, total y absolutamente, de la nada a la que todo conduce (Sloterdijk, 2006, p.40).

De ahí que este cinismo neoilustrado pueda considerarse una reedición del irse de la lengua. El cinismo es “*la falsa conciencia ilustrada*. Es la conciencia modernizada y desgraciada, aquella en la que la Ilustración ha trabajado al mismo tiempo con éxito y en vano. Ha aprendido su lección sobre la Ilustración, pero no la ha consumado, no puede siquiera consumarla” (Sloterdijk, 2006, p.40). Sloterdijk señala una posible objeción: “desde un punto de vista lógico, se trata de una paradoja, pues ¿cómo podría ser una conciencia ilustrada y al mismo tiempo falsa? De eso es precisamente de lo que se trata”

(Sloterdijk, 2006, p.41). Porque no se reduce a ser una categoría lógica: es una propuesta y una apuesta existencial que tiene una dimensión vital.

La ironía no tiene estos intereses. Como el irse de la lengua de ese autoconsciente ilustrado del que habla Sloterdijk, es elusiva. Solo se le reconoce de modo indirecto, por sus indicios, por sus rastros. A la pregunta parrhesiástica directa: "¿Estás tratando de engañarme?", tanto el *eiron* como el *cínico* contestarán "¡Por supuesto que no!" La diferencia fundamental se encuentra en que el *eiron* no busca engañar porque simplemente no tiene nada que decir, mientras que el cínico sí tiene una intención, pero está interesado en que no se la conozca explícitamente. La ironía resulta teniendo ventaja al involucrar a quien la recibe exigiéndole actividad creativa, no mera recepción pasiva de un estímulo que solo pretende manipularlo:

La ironía es caso consciente de ocultamiento, y uno puede pretender ocultarse o realmente hacerlo por razones muy diferentes. Pensar que la ironía siempre puede ser descifrada, o que los ironistas están en clara posesión de la verdad que ocultan, es no entender su funcionamiento. Es no darse cuenta de que la ironía no siempre oculta una verdad única y clara, y que también puede dirigirse en contra del ironista (Nehamas, 2005, pp.108).

La ironía no es parrhesía encriptada, en la cual se quiere decir algo, pero el mensaje tiene que traducirse a un lenguaje claro. La ironía no toma la representación de la parrhesía, encubriendo algo que puede ser necesario pero ofensivo para quien logra descifrarla. Pero no es así porque la parrhesía es siempre directa, no andarse con rodeos. No necesita intermediarios.

Pero hay una actitud adicional en la política actual: la *posverdad* (Keyes, 2004). La política ya no echa mano de los argumentos ni de los hechos, sino que hace una apelación permanente a los sentimientos y emociones. La verdad no se enfrenta a la mentira, sino a otras posibles verdades o a la desatención misma de la verdad. Los límites que separan lo ficticio de lo no ficticio, lo honesto de lo deshonesto, lo verdadero de lo falso, comienzan a difuminarse. El sentido se supedita al interés político que se intenta defender. La ambigüedad se diluye en un océano de información que el ciudadano es incapaz de navegar por sí mismo, y en donde necesita de la guía que el discurso político pueda mostrarle, así dicha guía lo lleve directo al naufragio.

Las consecuencias éticas son considerables. En un mundo dominado por la posverdad se puede incurrir en un “daño del tejido completo de la democracia” y una “corrupción de la integridad intelectual” (Coughlan, 2017). Si la parrhesía es un decir veraz, la posverdad anula toda pretensión de veracidad a favor de una búsqueda constante de convencimiento. Si el irse de la lengua puede ser en ocasiones políticamente perjudicial, la posverdad centra sus esfuerzos en mostrarse a la ciudadanía como adalid de lo correcto y adecuado. En la posverdad, el discurso se moldea de acuerdo con las emociones de una ciudadanía que proyecta en sus representantes y gobernantes sus anhelos y frustraciones, prescindiendo de los hechos. Si el discurso político propuesto concuerda con mi visión de lo que está bien o está mal, puede sobreponerse a cualquier evidencia en contrario.

Podría pensarse que la ironía concuerda con este modo de entender lo político, ya que en la posverdad se juega con el sentido, un poco al estilo de la ironía. Empero, la ironía pertenece a la esfera de lo privado, no tiene como objetivo existencial desplegar sobre los otros esas ambigüedades del sentido. La ironía es una actitud personal ante unas intenciones que en ocasiones no se tienen claras. La posverdad parte de la claridad de sus intenciones para mover los sentimientos del público de la manera más conveniente para el cálculo político.

En principio, el irse de la lengua neocínico se percibe de la misma naturaleza que la posverdad. Ambos buscan engañar, manipular, para lograr ciertos fines. La diferencia radica en el tono de ambas actitudes. Mientras que el irse de la lengua es jactancioso y escandaloso, la posverdad es sobria y direccionada siempre a lo correcto, o por lo menos a lo que el público considera correcto. De ahí que la posverdad genere mejores resultados en el terreno de lo político, pues sabe aunar de la mejor manera manipulación y adulación, siempre con la vista puesta en lograr la aprobación de la ciudadanía, que es en últimas el principal objetivo de toda actividad política.

5. CONCLUSIÓN: INADECUACIÓN DE LA IRONÍA Y ÉXITO DE LA POSVERDAD EN LO POLÍTICO

Con la ironía, la parrhesía comparte el interés en incomodar a quien está dirigida, pero es, de nuevo, la intención que las mueve lo que las distancia. Mientras que la ironía termina pareciendo una cobardía elusiva vista desde la perspectiva de la parrhesía, la parrhesía termina siendo una temeridad absurda desde el punto de vista de la ironía: “la

ironía, muchas veces, comunica que la audiencia solo tiene acceso a una parte del problema (...) La incertidumbre es intrínseca a la esencia" (Nehamas, 2005, pp.108-109). En la parrhesía no existe tal incertidumbre, y esto se debe a que su ámbito específico de acción es, a pesar de lo paradójico, el de la política, pues el parrhesiasta tiene el propósito de "cuidar a sus conciudadanos como un padre o un hermano mayor para mostrarles a ellos que lo importante no es el dinero o la reputación, sino el cuidado de sí mismos" (Nehamas, 2005 256).

En este último aspecto, la *parrhesía* comparte con la *ironía* ser modos de recomendar el cuidado de sí, pero la parrhesía es siempre pública e implica un riesgo, pues se trata de "la *práctica* pública de decirles la verdad a los gobernantes y a los conciudadanos, una verdad que probablemente no deseaban escuchar, y que podría atraer el castigo a quien la dijera" (Nehamas, 2005, pp.256-257). La propuesta de sentido que hace la ironía no busca hacer mejores ciudadanos, y si eso llega a ocurrir es solo como resultado incidental.

Por su parte, el irse de la lengua, que también actúa en el escenario político, abandona todo escrúpulo ético de la ironía y la parrhesía por lograr el acceso al poder, pero es difícil hacerla hablar. Es paradójico pero evidente que su irse de la lengua no obedece tanto a la provocación exterior como de la prepotencia interior. Por eso, la disposición neocínica "se ha retirado a una triste clarividencia que interioriza como una mácula su saber, que, por cierto, ya no sirve para nada. Los grandes desfiles ofensivos de la insolencia cínica son cada vez más raros (Sloterdijk, 2006, p.43). Ese irse de la lengua está abandonando el cinismo porque hay un escenario mucho más propicio para ella. En efecto, respecto a la posverdad, la ironía también se encuentra con consecuencias éticas. Quien hace uso de la posverdad persigue únicamente réditos políticos inmediatos, sin importar a qué grado de distorsión de la verdad deba llegar. Por tanto, la posverdad es el ámbito privilegiado donde mejor se despliega lo político en el mundo actual. La *parrhesía* y el neocinismo pasan a un segundo plano, eclipsada por el abierto rechazo a la verdad que hace la posverdad. Y la ironía se retira al ámbito privado en la que no puede hacer más que ver cómo la democracia sucumbe ante la degradación del esfuerzo deliberativo.

Referencias

- Alvarado, B. (2012). "The humor in conversational ironic statements". *Oralia*, 15, pp.63-76.
- Bernik, F. (2012). "Božo Vodušek's Disenchanted World", *Primerjalna Knjizevnost*, 35 (3), pp.271-281.
- Breunig, G. (2012). "Guerra Junqueiro and the good-humored critique of decadence", *Nau Literaria*, 8(2).
- Bucura, C. (2012). "The role of the satirical press in mirroring the Transylvanian social-historical realities of the second half of the XIXth century", *Revista Transilvania*, 7, pp.71-74.
- Büscher, B. (2015). "Investing in Irony?", *European Journal of Development Research*, 27(5), pp.727-744.
- Collobert, C. (2013). "La rhétorique au coeur de l'examen réfutatif socratique: Le jeu des émotions dans le Gorgias", *Phronesis*, 58(2), pp.107-138.
- Conradie, M., Brokensha, S., & Pretorius, M. (2012). "No small irony: A discourse analysis of Zapiro's 2010 world cup cartoons", *Language Matters*, 43(1), pp.39-59.
- Cortese, D.K., Ling M. (2011). "Enticing the new lad: Masculinity as a product of consumption in tobacco industry-developed lifestyle magazines", *Men and Masculinities*, 14(1), pp.4-30.
- Coughlan, S. (12 enero 2017) Qué es la "posverdad", el concepto que puso de moda el "estilo Trump" en Estados Unidos. En BBC <http://www.bbc.com/mundo/noticiasinternacional-38594515>
- Czyzyk-Cyzio, A. (2013). "A study of the rhetoric of irony and ridicule from the PO and PiS", *Biuletyn Polskiego Towarzystwa Językoznawczego*, 68, pp.219-243.
- De Felipe (2011). "Dexter: Irony, routine and monstrosity", *Atalante*, 11, pp.31-37.
- Dostoyevski, F. (2014). *Los hermanos Karámazov*, Madrid, Alianza.
- Erlandson, P., & Beach, D. (2014). "Ironising with intelligence", *British Journal of Sociology of Education*, 35(4), pp.598-614.
- Filik, R., Leuthold, H., Wallington, K., & Page, J. (2014). "Testing theories of irony processing using eye-tracking and ERPs". *Journal of Experimental Psychology: Learning Memory and Cognition*, 40(3), pp.811-828.

- Foucault, M. (2001). *La hermenéutica del sujeto*, Buenos Aires, FCE.
- Foucault, M. (2009). *El gobierno de sí y de los otros*, Buenos Aires, FCE.
- Foucault, M. (2010). *El coraje de la verdad*, Buenos Aires, FCE.
- García, M.D.V. (2013). "The irony, litotes and hyperbole in the humorous chronicles of the newspaper *Le Monde*"; *Revue Romane*, 48(2), pp.207-220. DOI: 10.1075/rro.48.2.01viv
- Gérin, A. (2013). "A second look at laughter: Humor in the visual arts", *Humor*, 26(1), pp.155-176. DOI: 10.1515/humor-2013-0009
- Grimwood, T. (2008). "The Problems of Irony: Philosophical Reflection on Method, Discourse and Interpretation", *Journal for Cultural Research*, 12(4), pp.349-363.
- Hirsch, G. (2015). "Whose side are we on? Viewers' reactions to the use of irony in news interviews", *Pragmatics*, 25(2), pp.149-178.
- Hollander, M.M., Turowetz, J. (2013). "'So, why did you decide to do this?'" , *Discourse and Society*, 24(6), pp.701-724. DOI: 10.1177/0957926513503268
- Hooti, N., Torkamaneh, P.(2011). Henrik Ibsen's *A Doll's House*: A postmodernist study. *Theory and Practice in Language Studies*, 1(9), pp.1103-1110. DOI: 10.4304/tpls.1.9.1103-1110
- Jacobs, R., & Smith (1997.) "Romance, Irony, and Solidarity", *Sociological Theory*, 15(1), pp.60-80.
- Keyes, R. (2004). *The Post-Truth Era. Dishonesty and Deception in Contemporary Life*, New York, St. Martin's Press.
- Kienpointner, M. (2013). "Strategic maneuvering in the political rhetoric of Barack Obama", *Journal of Language and Politics*, 12(3), pp.357-377. DOI: 10.1075/jlp.12.3.03kie
- Kiss, A. (2015). "Irony and the face(s) of politeness. A linguistic approach to contemporary political discourse". *Linguistica*, 37(1-2), pp.323-336.
- Livnat, Z. (2011). "Making analogy work in the public arena", *Journal of Language and Politics*, 10 (2), pp.227-247. DOI: 10.1075/jlp.10.2.05liv

- Maier, G. (2015). "Fuera de foco: ironía y fotografía en *Estrella distante*, de Roberto Bolaño", *Neophilologus*, 100(2), pp.213-227.
- Muecke, D. (1983.) "Images of Irony", *Poetics Today*, 4(3), pp.399-413.
- Naughton, Y.P.(2014). "Diaphanous irony", *Comparative Literature Studies*, 51(3), pp.466-490.
- Nehamas, A. (2005). *El arte de vivir. Reflexiones socráticas de Platón a Foucault*, Valencia, Pre-textos.
- Nuolijärvi, P.& Tiittula, L. (2011). "Irony in political television debates". *Journal of Pragmatics*, 43(2), pp.572-587. DOI: 10.1016/j.pragma.2010.01.019
- Rorty, Richard. (1991). *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós.
- Scott, C. (2012). "Die Antwoord and a delegitimised South African whiteness: A potential counter-narrative?" *Critical Arts*, 26(5), pp.745-761. DOI: 10.1080/02560046.2012.744729
- Sloterdijk (2004). *Esferas II. Globos. Macrosferología*, Madrid, Siruela.
- Sloterdijk (2006). *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Siruela.
- Tsakona, V. (2011). "Irony beyond criticism: Evidence from Greek parliamentary discourse", *Pragmatics and Society*, 2(1), pp.57-86. DOI: 10.1075/ps.2.1.04tsa
- Williams III, G.W. (2012). "Irony as the birth of Kierkegaard's "single individual" and the beginning of politics", *Toronto Journal of Theology*, 28(2), pp.309-318.
- Zirra, I. (2012). "Just violent intertextual and dystopian recent reinscriptions of Mother Nature" *University of Bucharest Review: Literary and Cultural Studies Series*, 14(1), pp.111-121.